

Pedro Sánchez-Prieto Borja

NUEVAS POSIBILIDADES Y NUEVAS EXIGENCIAS
DE LA CRÍTICA TEXTUAL: LA "LECTURA ASISTIDA"



NUEVAS POSIBILIDADES Y NUEVAS EXIGENCIAS DE LA CRÍTICA TEXTUAL: LA “LECTURA ASISTIDA”

Pedro Sánchez-Prieto Borja

DECÍA MARÍA MORRÁS EN UN CONOCIDO TRABAJO que tan sorprendente resulta fiar el progreso en la edición de los textos al recurso a la informática como la falta de interés por ésta.¹ Estoy de acuerdo con esta manera de ver las cosas; sin embargo, diré que, por mi formación, disculpo con facilidad a quienes creen que sin informática puede hacerse una buena edición, pues de hecho las hay antes del desarrollo de la electrónica. Y si digo esto no es por falta de entusiasmo ante las posibilidades de la electrónica aplicada a la crítica textual, como se verá por este ensayo, sino por el convencimiento de una cosa obvia, pero que no pocas veces se olvida: que la utilización de medios electrónicos no es garantía de calidad textual (tampoco lo es, por cierto, prescindir de los mismos). Pero más allá de esta premisa, importa considerar que los avances en crítica textual no serán, sin más, consecuencia de la aplicación de la electrónica, sino que sustancialmente se han producido y, seguramente, se darán, dentro del método mismo de este quehacer. Y esto es así porque el establecimiento de los objetivos y de los pasos necesarios para alcanzarlos sólo puede tener lugar dentro de una concepción sólida de qué cosa sea editar un texto. Diré, sin embargo, que la electrónica puede contribuir eficazmente a configurar esas innovaciones metodológicas, e incluso a replantear los objetivos. A iluminar esta aparente paradoja dedicaré las páginas que siguen, y ello nos llevará a plantear un problema de cierto alcance teórico, el de la relación entre fines y medios, por un lado y, en otro plano, entre método y técnicas de la crítica textual.²

¹ “Informática y crítica textual: realidades y deseos”, en José Manuel Blecua, Gloria Clavería, Carlos Sánchez y Joan Torruella, eds., *Filología e informática. Nuevas tecnologías en los estudios filológicos*, Barcelona, Universidad Autónoma de Barcelona, 1999, págs. 189-210, esp. 189.

² Las reflexiones que siguen no pretenden una presentación de los avances en informática aplicados a la crítica textual (sólo conozco algunos de ellos, como UNITE y su aplicación

Habrà que empezar por esta cuestión, la de distinguir entre método y técnica, porque no siempre se hace, ni ello resulta fácil. Y no puede ser de otra manera, pues tal distingo afecta al estatus mismo de cada disciplina. La crítica del texto tiene una situación peculiar entre las disciplinas humanísticas, pues ha desarrollado una metodología basada en unos pocos principios que, sin embargo, no pueden aplicarse de modo automático y universal, y no porque tales principios sean cuestionables, sino porque su aplicación al texto ha de hacerse desde el conocimiento de ciertas variables sin las cuales no es posible dar pasos seguros. En cierto modo, en crítica textual resulta más difícil identificar los problemas que proponer soluciones; o, dicho de manera positiva, identificar el problema ya es parte de la solución. Con esto quiero decir que dada una corruptela en la transmisión de un pasaje, podrán proponerse diversas soluciones, de las que una, o quizá más de una es, en principio, aceptable... pero no pocas veces arrastraremos la duda de si hay en ese pasaje una verdadera dificultad. El escollo metodológico está en que nos afanemos en proponer soluciones (o que demos por buena sin más la que se haya propuesto) sin plantearnos si de verdad hay allí una corrupción. Un caso viejo de la filología española puede servir para ilustrar esto. No es otro que el de las llamadas "rimas anómalas" del *Auto de los Reyes Magos*. Para hacer de la pareja 38-39 *escarno* : *carne* una rima consonántica perfecta se podrá proponer como forma genuina del texto *escarne*, o bien pensar con Lapesa en formas apocopadas, que nos dejarían *carn* y *escarn* como soluciones originales.³ Desde luego, la segunda es mucho más imaginativa, y, en principio, menos probable, en tanto ajena al uso del castellano, frente a un hipotético *escarne*, postverbal de *escarnir*. Lo que me he preguntado desde hace años es si realmente estas rimas, y otras como 15-16 *fembra* : *december* ó 40-41 *mundo* : *redondo*, son anóma-

al *Libro de Alexandre*), sino sólo reivindicar el papel de la crítica textual como vía fundamental de acercamiento a la literatura, tanto en el ámbito de la enseñanza como en el de la investigación, y cómo este papel puede verse extraordinariamente favorecido por las nuevas tecnologías. Para una presentación de los fundamentos teóricos de la informática aplicada a las humanidades es fundamental F. Marcos Marín, *Informática y humanidades*, Madrid, Gredos, 1994, junto a las muchas publicaciones en las que se ha presentado el citado programa UNITE. Un programa trazado con solvencia sobre el estado actual de la relación entre informática y crítica del texto puede verse en el artículo de Morrás citado en n. 1, en el que se incluye abundante bibliografía. Una amplia reflexión general sobre las diversas posturas acerca de los objetivos y la metodología de la crítica textual con apoyo informático puede verse en Peter L. Shillingsburg, *Scholarly Editing in the Computer Age, Theory and Practice*, Michigan, The University of Michigan Press, 1996, 3ª ed.

³ "Mozárabe y catalán o gascón en el *Auto de los Reyes Magos*", *Miscel·lània Aramon i Serra*, Barcelona, Curial, 1983, págs. 277-294.

las. En otro lugar me he referido a esta cuestión,⁴ y ahora doy por seguro que son completamente normales, entre otras razones por los amplios antecedentes latinos y paralelos románicos con los que estas asonancias y consonancias parciales cuentan, dándose así lugar a la consonancia átona, en la que la rima plena se produce sólo desde el sonido siguiente al acentuado, y a la "rima monosilábica", en la que basta que coincida una vocal a partir del acento, cosa, por cierto, que algún estudioso ya apuntó hace años.⁵

Pero hablaba del estatus especial que la crítica del texto tiene entre las disciplinas humanísticas, y que nace de la relación que en ella se establece entre los principios generales y su aplicación en la tarea ecdótica, entre la concepción global del texto como parte de una historia (literaria, cultural, lingüística) y los mil aspectos particulares que la edición de un texto obliga a plantear. Esta relación es, si se me permite decirlo así, dialéctica, en tanto las soluciones concretas que se propongan en los diferentes pasajes estarán subordinadas, o al menos encajarán, con las ideas generales acerca del texto, y sobre todo con el proceso por el que el texto mismo surgió. Los dos procedimientos interpretativos solo en parte pueden diferenciarse, pues conforman un ciclo único que va continuamente de lo particular a lo general, y viceversa. Así, la constatación, según el suponer de Lapesa en el caso citado, de que pares como *carne* y *escarno* riman sólo postulando formas genuinas no explicables desde el castellano, pero sí desde el catalán, gascón y provenzal, lleva a este estudioso a postular un autor "franco" para el citado *Auto de los Reyes Magos*. Y a su vez, esta idea de la autoría franca permitiría interpretar el *mos* de 22 "en mos días" como un gasconismo más del autor, por más que Lapesa apunte aquí también a la aun más insegura presencia de lo mozárabe.

Pero si este caso ilustra el procedimiento deductivo, y muestra la gran fundamentación empírica a la crítica textual, y, en general, de los estudios sobre los textos, el proceso que va de lo general a lo particular se puede ilustrar bien con un magnífico ejemplo, el de las *Mocedades de Rodrigo*. Según defienden Funes y Tenenbaum, las soluciones editoriales dependerán de la idea que se tenga sobre la historia literaria del mismo, e incluso de su consideración de la obra como adscrita a un género determinado.⁶ "No

⁴ "¿Rimas anómalas en el *Auto de los Reyes Magos*?", *Revista de Literatura Medieval* (en prensa).

⁵ Cf. Glauco Sanga, *La rima trivocalica. La rima nell'antica poesia italiana e la lingua della Scuola poetica siciliana*, Venecia, Il Cardo. Estudio el asunto en "¿Rimas anómalas en el *Auto de los Reyes Magos*?", *Revista de Literatura Medieval* (en prensa).

⁶ "Mocedades de Rodrigo: una propuesta ecdótica", *La corónica. A Journal of Medieval Spanish Language and Literature*, 30.2 (2002), págs. 181-201.

hay forma –dicen estos autores– de acotar un campo de trabajo en los límites puros de la crítica textual, porque la discusión de la problemática histórico-literaria será imprescindible para abordar la cuestión textual y, a la vez, su posicionamiento en dicha problemática impactará decisivamente en la naturaleza de su labor ecdótica”. El nacimiento de las *Mocedades* es ahora puesto en claro por los estudiosos argentinos: hay dos fases elaborativas, una refundición propagandística en favor de la diócesis de Palencia, y una gesta primitiva base de la refundición. Y a esta conclusión se llega por el estudio de la diferente actitud del copista del manuscrito único del s. XIV, que tenía un interés documental por la vida del Cid.⁷

El interés del planteamiento que acabamos de ver es grande, porque muestra cómo crítica textual e historia literaria han de ir por fuerza de la mano. Quiero decir que sin crítica textual, entendida como estudio de la historia de los textos, que, idealmente, conduce a la edición de los mismos, no es posible trazar la historia literaria. Por ello no puedo coincidir con quienes conciben “la crítica filológica, de erudición, o *scholarship*” como “una tarea previa a la interpretación o crítica propiamente dicha”,⁸ y trazan una frontera artificial entre establecimiento del texto y comprensión del mismo, pues se priva así a los estudiosos literarios de sus mejores métodos interpretativos, justamente los que ponen el acento en el proceso por el que el texto mismo nació y se difundió. Por desgracia, esta visión estática y “aprobática” de la obra literaria está muy difundida entre los profesores de nuestras universidades. Es preciso volver una y otra vez sobre el viejo problema de la relación entre crítica textual e historia literaria, a pesar de que ya quedó resuelto por Vittore Branca, quien señaló con claridad meridiana que la filología, entendida como crítica textual, no es un instrumento de la crítica, sino crítica en sí misma.⁹

Sirvan, en fin, los casos planteados y estas reflexiones para poner de manifiesto que la identificación de los problemas textuales concretos y su solución no es sin más una manifestación de lo que despectivamente se ha llamado “microfilología”. Las soluciones particulares tienen sentido dentro de un todo, y ha de primar el principio de coherencia interna, de acuerdo

⁷ La conclusión práctica de los estudiosos es que habrá que ofrecer una transcripción del manuscrito y dos ediciones críticas que reconstruyan esas fases elaborativas.

⁸ Carlos Moreno Hernández, *Literatura e Hipertexto. De la cultura manuscrita a la cultura electrónica*, pág. 95, Madrid, Universidad Nacional de Educación a Distancia, 1998.

⁹ En Vittore Branca (y J. Starobinski), *La filología e la critica letteraria*, Milán, Rizzoli, 1977. Como señala María Morrás, art. cit., pág. 196, la aplicación de la informática a la edición de textos, y particularmente la presentación electrónica, con la facilidad para engarzar texto crítico y aparato, debería contribuir a que la crítica y la teoría literaria tuvieran en cuenta la transmisión textual para sus reflexiones.

con el necesario encaje de lo particular en la concepción del texto; y ésta entendida no como un punto de partida inamovible, sino como resultado final que se deduce de la elucidación de las mil y una cuestiones particulares que la edición de un texto plantea.

Destacada la importancia de lo particular, no sé si suficientemente, importa poner de manifiesto que sólo determinados planteamientos metodológicos permiten identificar los problemas, y también que ciertas técnicas pueden contribuir a resolverlos. Pero una ciencia o disciplina científica se ha de caracterizar por la adecuación entre objeto y método, por el acuerdo entre fines y medios. Será necesario establecer, en primer lugar, esos fines.

La pregunta central es, desde luego, la de cómo deben editarse los textos. Pero a ésta ha de anteceder otra: ¿para quién editamos? En otro lugar señalé la diferencia objetiva que nace de la diferente difusión que cabe esperar hoy de los textos antiguos y modernos.¹⁰ Para la literatura contemporánea, además de la difusión sin precedentes, al menos de algunos títulos, cabe destacar la percepción de que para acercarse a ella no se necesita ayuda alguna. El texto neto puede desvelar por sí todas sus posibilidades referenciales, simbólicas y estéticas a los ojos del lector, que es así dueño de “su” lectura, aunque la idea que éste se haga de la obra misma depende de sus expectativas... y de las que los críticos hayan suscitado en él. Y cuanto menos explícito sea el texto más autonomía para el lector, y para los críticos.

Interesa recalcar este concepto de “lectura autónoma” porque me parece una diferencia clave en el modo de acceder al texto respecto de la “lectura asistida” a la que también me referiré. La “lectura autónoma” corresponde, sobre todo, con el modo en que se difunde la narrativa moderna más leída. Los lectores de *Las llamadas perdidas* de Manuel Rivas no necesitan, a día de hoy, de introducción alguna.¹¹ Otras obras cuentan con prólogo del autor, unas pocas palabras que sirven para entender siquiera la circunstancia personal por la que nace la obra, como es el caso de *El río que nos lleva*, de José Luis Sampedro. Estos anexos se sitúan en el plano de la intención del autor, pero poco tienen que ver con el acercamiento “filológico” al que estamos acostumbrados para con las obras de antaño. Por otra parte, la “lectura autónoma” marca una diferencia respecto de los textos antiguos más aparente que real, pues no son pocos los tropezos que presentan los

¹⁰ “Editar la literatura española (Edad Media y Renacimiento). Presentación”, *La corónica. A Journal of Medieval Spanish Language and Literature*, 30.2 (2002), págs. 6-7.

¹¹ Aunque en la ed. de la editorial Santillana (2002) incluye al final una breve “Nota de autor” en la que éste desvela la procedencia o fuente de inspiración de unos pocos pasajes.

textos modernos, por lo que la lectura autónoma puede ser a veces un ejercicio parcialmente fallido, ya que autor y lectores no comparten siempre los mismos usos lingüísticos, ni aun los mismos referentes conceptuales y materiales, por más que entre aquél y éstos medien relativamente pocos años. En el conocido "Romance de la luna", del *Romancero gitano* de Federico García Lorca, los versos "en el aire conmovido / mueve la Luna los brazos" podrían interpretarse, a primera vista, desde la típica postura de la "literariedad": el aire participa de la emoción del momento poético, doliéndose por el rapto. Pero Lorca, que había leído a los clásicos, sabía que *conmover* era una alternativa a *mover*; y lo usa aquí en un sentido intensivo que se aprecia igualmente en otros verbos prefijados (*serrar* y *aseerrar*, *cambiar* y *descambiar*).¹² Dentro de las letras actuales estas dificultades parece que se dan sobre todo en poesía, lo que algo tendrá que ver con el escaso número de lectores que la poesía tiene.

Como vemos, la posibilidad de una "lectura autónoma" traza una frontera más aparente que real entre letras antiguas y literatura contemporánea. Se podrá argumentar que el distanciamiento entre los textos medievales y el lector obliga a una "lectura asistida" mediante la anotación, mientras que esta anotación se presenta menos necesaria, o sólo ocasionalmente necesaria, en textos contemporáneos. Sin embargo, esta diferencia se difumina, siquiera en algunos casos, en un nivel de lectura más profunda, en la que es menos nítida la frontera entre "lectura" y filología. Y aquí nos las habemos otra vez con la clase de lector. El filólogo hace una suerte de "metalectura", pues no se conforma con que le presenten un texto, sino que ha de saber cómo ha llegado el editor a proponerle el texto que tiene ante sus ojos. Las obras de historia compleja, con diferencias sustanciales entre los testimonios que han llevado a los eruditos a suponer diferencias redaccionales, son las más necesitadas de esa información filológica; este el caso del *Libro de buen amor*, donde, sin embargo, no creo que pueda hablarse de dos "ediciones" de Juan Ruiz (manuscrito S frente a GT), o de las poesías del Marqués de Santillana, donde sí hay revisión autorial en algunas de ellas, pero también de obras más cercanas, revisadas más de una vez por el autor, como *Fervor de Buenos Aires* de Jorge Luis Borges.¹³

No puede sostenerse que la información sobre la historia del texto (y en particular sobre su génesis) sea ajena, marginal o simplemente complemen-

¹² De la historia del *mover* y *conmover* se ocupa Margherita Morreale en un trabajo de próxima publicación.

¹³ Fuera de los textos poéticos tampoco faltan los casos de revisión por el autor; por ejemplo, *El jinete polaco*, de Antonio Muñoz Molina, bien que las correcciones sustancialmente afectan a la puntuación.

taria en el acceso al texto. Esa "lectura asistida" que propongo mitiga, insisto otra vez, la frontera entre edición para filólogos y para meros "gustadores" de la literatura, en el buen entendido de que los filólogos son sólo una clase especial de los segundos. Si yo he de dar cuenta en *Libro de buen amor* de *ajevío* (1387a "Andava en el muladar el gallo ajevío") tendré que explicar que tal palabra no está documentada fuera de este pasaje, pero para pronunciarse sobre su autenticidad habrá que saber que del *Libro de buen amor* no se conserva autógrafo, que hay tres manuscritos, ninguno de los cuales está completo, y que todos presentan numerosos errores; pero también tendré que conocer que Juan Ruiz presenta un léxico variadísimo, que incluye registros muy variados, no siendo improbable la innovación léxica, especialmente en posición de rima.¹⁴

Los conocimientos sobre la historia del texto no deberían formar parte de un saber "ultraespecializado" solo apto para unos pocos expertos en crítica textual. En realidad, el confinamiento al que quedan sometidos estos saberes es consecuencia del sesgo parcialísimo de los estudios sobre la obra literaria antigua y moderna, que es vista casi siempre en sus aspectos formales, sociales o psicológicos pero no en cuanto texto que tiene una historia, es decir, una génesis y una transmisión.¹⁵ Debería ser obvio que ningún aspecto es más relevante sobre el texto mismo que el proceso por el que éste nació. Si he de presentar a los estudiantes el *Poema de Mio Cid*, antes de explicar tales o cuales aspectos del contenido, ¿no será conveniente detenerme en varias cuestiones básicas, como son la existencia de un manuscrito único, tardío y ostensiblemente deturpado? Y lo mismo cabe decir de *El Quijote*. Conocida es la polémica sobre la intervención o no de Cervantes en las correcciones de la reedición madrileña de 1605, empezando por la mención del hallazgo del rucio de Sancho.¹⁶ Porque no será lo mismo atribuir a Cervantes o a los impresores la corrección a la *princeps* en este pasaje del cap. XXVI: "En esto le vino al pensamiento cómo le haría, y fue que rasgó una gran tira de las faldas de la camisa, que andaban

¹⁴ Margherita Morreale, "Glosario parcial del *Libro de buen amor*: palabras relacionadas por su posición en el verso", en *Homenaje... Universidad Estatal de Utrecht*, La Haya, 1966, págs. 391-448.

¹⁵ Me ocupé de estos aspectos en "Génesis y transmisión de los textos medievales castellanos", *La corónica. A Journal of Medieval Spanish Language and Literature*, 30.2 (2002), págs. 47-103.

¹⁶ Cf. Francisco Rico, dir. de la ed. de *Don Quijote*, Madrid, Instituto Cervantes, 1998, especialmente las págs. CXCII-CCCXLII sobre "historia del texto", y también José Manuel Lucía Megías, "Cómo editar los textos impresos? Notas y comentarios para un manual", *La corónica. A Journal of Medieval Spanish Language and Literature*, 30.2 (2002), págs. 279-315.

colgando, y diole once ñudos, el uno más gordo que los demás, y esto le sirvió de rosario al tiempo que allí estuvo, donde rezó un millón de avemarías”, mientras que la reedición de 1605 dice: “Y sirviéronle de rosario unas agallas grandes de un alcornoque, que ensartó, del que hizo diez”. La edición de *Cántico*, de Jorge Guillén, que preparó José Manuel Blecua ¿acaso no reporta información fundamental sobre la obra justamente al poner el acento en el proceso creativo del poeta que vuelve sobre su obra para corregirla? Lo que aquí sostengo es, en definitiva, que los conocimientos sobre la historia del texto deberían formar parte de lo que he llamado “lectura asistida”, y si a día de hoy la situación no es ésta es por el desconocimiento, cuando no rechazo, de la crítica textual entre muchos profesores, lo que los priva de la vía metodológica primordial de acercamiento al texto literario. Que se ignore esto en la enseñanza universitaria no es sino una más de las paradojas de nuestros saberes: Filología sin *filología*. Resulta llamativo que la filología en sentido estricto, es decir, la crítica del texto, esté ausente de casi todos los planes docentes de las diferentes licenciaturas que incluyen el sustantivo, y suele reservarse para los cursos de doctorado, cuando debería ser el umbral de los estudios literarios.

Pocos ejercicios pedagógicos hay tan útiles como el planteamiento en el aula de los problemas de establecimiento del texto, sencillamente porque en pocos ámbitos como en éste se muestra con más claridad el principio de que la ciencia no es otra cosa que el sentido común elevado a método. La práctica de la edición requiere no pocos conocimientos, como que atiende a la comprensión plena de los textos, pero esos conocimientos son menos raros de lo que suele pensarse. Por mi experiencia en el aula, son perfectamente transmisibles a los alumnos. Del mismo modo el acceso de primera mano a los manuscritos e impresos antiguos se considera propio de la alta especialización, entre otras cosas porque ni siquiera entre los historiadores de la literatura de la Edad Media y Siglo de Oro está generalizado el manejo de las fuentes manuscritas e impresas, como tampoco entre los historiadores de la lengua, cuando tales prácticas deberían ser el pan nuestro de cada día. Y digo prácticas, porque de práctica y no de otra cosa se trata. Y al respecto he de señalar que los alumnos valoran muy positivamente la iniciación en el estudio de los testimonios antiguos. Y de un modo elemental ciertas nociones esenciales de la historia de los textos pueden transmitirse incluso a los alumnos de bachillerato, pues creo que estos saberes abren los ojos del alumno y le hacen ver que el acercamiento pleno al texto, el estudio del mismo, dista de ser una “nomenclatura” o una clasificación en géneros y subgéneros, y el mero listado de unas “características” de escuela. Ninguna dificultad pedagógica hay en ello. Porque a ver si va a resultar que los alumnos de bachillerato pueden introducirse en los conceptos de

la gramática generativa y transformacional pero no pueden comprender nociones como a) que los textos se difunden en forma manuscrita o impresa, o b) que toda copia presenta errores. Que no es lo mismo, en definitiva, “Leonoreta sin roseta” que “Leonoreta fin (‘fina’) roseta”.¹⁷

La familiaridad con los métodos de edición y estudio de los textos proporciona a nuestros alumnos unos instrumentos críticos fundamentales que los capacitan como filólogos, dentro de una concepción práctica y “empírica” de la filología, pues ninguna otra materia contribuye a formar el espíritu crítico como ésta. Por desgracia, todavía no resulta habitual entre los estudiosos de la literatura hacer del texto el centro de interés, y el acento se pone en lo que rodea al texto más que en el texto mismo. Causa desazón comprobar que suscitan más interés las introducciones a una edición que el texto mismo.¹⁸ Esta postura se funda, claro está, en el sobreentendido de que un signo de puntuación de más o de menos, el uso de mayúscula o minúscula o poner *th-* o *t-*, son minucias sin la transcendencia de la disquisición sobre el contenido, la valoración de la intención del autor u otros aspectos de calado ensayístico.

La historia del texto se concreta en el aparato crítico, en la descarnada fórmula que ha alcanzado una notable estandarización en las filologías bíblica y clásica. La sintaxis formal del aparato tiene la ventaja de facilitar una lectura precisa, aunque justo es reconocer que para hacer explícita la historia del texto se requiere cierta familiaridad con él. Y no siempre será fácil que el lector, ni siquiera el especialista, se haga una idea completa de la historia del texto con el solo recurso al aparato. Serán precisas explicaciones que indiquen cómo han de interpretarse los datos que éste ofrece. Y estas explicaciones han de adoptar la forma de introducción a la edición. En el aula, con la ayuda del profesor, pueden contribuir a una mejor comprensión del texto; resalto el “puede” porque no se trata de defender la lectura íntegra del aparato, pero sí de tenerlo como recurso para explicar determinados pasajes. La historia del texto así concebida se convierte en un elemento importante de lo que he llamado “lectura asistida” de los textos.

Dentro de la filología románica, y menos en la que atañe a los textos hispánicos, no hay un consenso siquiera mínimo acerca de qué información ha de dar el aparato crítico, y menos sobre cómo ha de presentarse ésta. Un

¹⁷ Selección de errores textuales de gran didactismo en Kurt Baldinger, “Esplendor y miseria de la filología”, *Actas del I Congreso Internacional de Historia de la lengua española*, Madrid, Arco Libros, 1987, págs. 19-44.

¹⁸ Por lo que yo he visto, los miembros de tribunales de tesis doctorales en las que se presentan ediciones de textos, suelen dedicar sus observaciones a la introducción, mientras que el texto apenas es objeto de atención por sí mismo.

principio general y básico debería ser el de la distinción entre variantes textuales y variantes de lengua, cosa que no se ha hecho habitualmente, pues la confusión ha sido general incluso entre los mejores especialistas.¹⁹ Las consecuencias de esta confusión son graves, pues al valorar lo que en realidad son coincidencias de lengua como coincidencias textuales se llega a una clasificación errónea de los testimonios, por atribuir a parentesco entre los testimonios lo que no es sino resultado lógico de la modernización consustancial al correr del tiempo, por la que las copias tardías tienden a coincidir en las soluciones lingüísticas por encima de su engarce textual. Este grado de coincidencia en la lengua, que puede darse incluso entre manuscritos tardíos e impresos, puede enmascarar a los ojos del investigador las relaciones entre los testimonios. El que las coincidencias lingüísticas se hayan utilizado como argumento para la clasificación estemática ha tenido como consecuencia presentarlas en aparato crítico, cuando lo razonable es ofrecer dos franjas, una para las variantes textuales y otra para las variantes de lengua.

En este lugar cabe percibir una gradación en el acceso al aparato crítico. El filólogo recurrirá frecuentemente al mismo para justificar o rechazar las propuestas del editor. En el ámbito de la enseñanza el profesor sólo recurrirá ocasionalmente al aparato para obtener información sobre algún aspecto de la historia textual que quiera poner de relieve. El problema está en si justifica este recurso esporádico la inclusión de un aparato crítico, y aun de una franja de variantes de lengua. Desde el punto de vista práctico la cuestión es de gran importancia, pues precisamente la inclusión del aparato suele considerarse demarcativa del tipo de edición, al tiempo que, a día de hoy, su sola presencia selecciona los destinatarios. Otra cuestión práctica es que cada edición plantea unos problemas específicos que nacen de su historia textual, diferente en cada caso, por lo que habrá textos, como el citado *Libro de buen amor*, en los que el aparato crítico resulte fundamental, mientras que los escasos problemas textuales de una novela reciente lo harán casi siempre innecesario. Sería, desde luego, inconcebible una colección de la literatura española que presentara aparato para unas obras sí y otra no en soporte papel, mientras que no habría en ello problema para la

¹⁹ Inés Fernández-Ordóñez señala que es habitual confundir la variación discursiva con los errores textuales propiamente dichos ("Tras la *collatio* o cómo establecer correctamente el error textual", *La corónica. A Journal of Medieval Spanish Language and Literature*, 30.2, 2002, págs. 105-180). Habrá que tener en cuenta las peculiaridades de cada género y aun de cada obra para establecer correctamente el error textual. La adición u omisión del artículo, que en textos en prosa no afectan a la sustancia del texto, pueden ser claros errores textuales en textos poéticos si dan lugar a hipermetría o a hipometría.

presentación electrónica, en la que podrían aparecer vacías las ventanas de variantes textuales y de lengua, o una de ellas.

En una edición electrónica así concebida el aparato crítico y la franja de variantes de lengua proporcionan una información capital sobre la historia del texto, utilizable directamente por el especialista, y fuente en la práctica de la enseñanza de las observaciones del profesor. Pero el instrumento por antonomasia de lo que he llamado "lectura asistida" no es otro que la anotación del texto. Más que oponer estas dos manifestaciones –aparato y anotación– importa destacar la relación entre ambas. Los pasajes problemáticos, los más requeridos de atención, pueden ser resueltos mediante una conjetura del editor, es decir, de una propuesta crítica en el texto, de la que se da fe en el aparato. Y esto vale también para los casos de manuscrito único. Aparato y anotación parecen corresponder a dos categorías editoriales diferentes; la primera, a la edición científica; la segunda, a la edición divulgativa. En el plano pedagógico esta oposición se difumina, pues si la finalidad última de la crítica textual es entender el texto en su integridad es claro que los dos recursos cooperan a ese mismo fin. Ahora bien, si el aparato viene objetivamente determinado por la historia del texto, la anotación dependerá de la perspectiva en la que se sitúe el editor. Pero si se centra en los pasajes problemáticos hay que concederle carácter científico. Por desgracia, resulta frecuente que en las notas a pie de página atiendan muchas veces a lo obvio y sorteen, en cambio, los pasajes verdaderamente problemáticos. No resulta nada fácil elegir la perspectiva en la que esa anotación ha de situarse, pero no parece lo más útil tomar el sesgo enciclopédico, para decirnos, pongamos, que Neptuno es el dios ████████ del mar. Tampoco es fácil decidir qué anotar, y la pretensión de exhaustividad se convierte en una meta que desvía la atención de los pasajes verdaderamente problemáticos en los que se ha de poner el foco. Nunca como aquí se manifiesta aquello de que lo mejor es enemigo de lo bueno, y me atrevo a decir que una anotación prolija desvía la atención del texto mismo. Ediciones universitarias hay de gran rigor que exageran esa información enciclopédica, y que, por contra, obvian cuestiones fundamentales. En este sentido el tipo de anotación que más se necesita es la que permita una comprensión literal de la obra, que allane las dificultades lingüísticas que por doquier salen al paso al lector. En mi opinión, con unas "notas léxicas" se realiza ágilmente el concepto de "lectura asistida", pues de una manera inmediata y eficaz se da al lector la información imprescindible para entender el texto (o siquiera para situarlo en el camino de la plena comprensión) y fijan la atención en el texto mismo, al proponer una explicación literal. Son también una alternativa preferible a la traducción modernizada (para textos medievales, contando con que los clásicos no la necesitan), que convierte el texto genuino

en otra cosa completamente distinta, y hurta al lector el acceso de primera mano a la obra literaria.²⁰

Me he referido a lo que rodea al texto para ilustrar este concepto de “lectura asistida”, y acaso debería haber empezado por lo que constituye el centro de una edición, el texto mismo, pues, como señaló Germán Orduna,²¹ lo que otorga a una edición el carácter de crítica no es el aparato, sino el texto mismo, en tanto hipótesis construida tras el examen de todos los representantes conservados del texto. El texto crítico es el punto de llegada de la filología, pero a su vez punto de partida de nuevas reflexiones. Se resuelve así la aparente dualidad que obliga a elegir entre leer el texto sin más y “estudiar” el texto (más adelante me referiré al lugar que el texto crítico ocupa en las propuestas “hipertextuales”). Es posible, con todo, distinguir entre “texto crítico” y “edición crítica”, aunque el primero es consecuencia de la segunda, no se identifica al cien por cien con ésta, pues en teoría es posible proponer un texto que sea el resultado del examen de la historia del texto sin que se ofrezcan al lector los elementos de juicio que permitan explicar cómo se ha llegado a esa propuesta (fundamentalmente, el aparato crítico). En la práctica tal separación resulta negativa, e incluso poco económica, pues, como queda dicho, siquiera debería ofrecerse al enseñante la posibilidad de contar con esa información adicional para que seleccione de ella lo que considere relevante.

Habría que preguntarse por los requisitos de ese texto crítico para que resulte eficaz. Obviamente, el rigor de la propuesta ha de ser la exigencia primera, que se concretará en la formulación —y aplicación— de unos principios metodológicos apropiados para la obra en cuestión.²² Pero la presentación del texto crítico es también decisiva para ofrecer al lector una auténtica propuesta de lectura, y las decisiones al respecto por fuerza han de estar

²⁰ Para la práctica de la anotación véase, por ejemplo, Hans Flasche, “Edición y anotación de un texto calderoniano”, en Jesús Cañedo e Ignacio Arellano, eds., *Edición y anotación de textos del Siglo de Oro. Actas del Seminario Internacional para la Edición y Anotación de Textos del Siglo de Oro*, Pamplona, Universidad de Navarra, 10-13 de diciembre de 1986, Pamplona, Anejos de Rilce, núm. 4-Ediciones Universidad de Navarra-Institución Príncipe de Viana, 1987, págs. 83-94.

²¹ “La ‘edición crítica’”, *Incipit*, X (1990), págs. 17-43.

²² Principios que a mi modo de ver han alcanzado su mejor desarrollo en la filología “neolachmanniana” tal como se conoce en Italia (véase Giovanni Orlandi, “Perché non possiamo non dirci lachmanniani”, *Filologia Mediolatina. Rivista della Fondazione Ezio Franceschini*, II (1995), págs. 1-42). Resulta curioso el sesgo bédierista prácticamente unánime del hispanismo anglosajón, mientras que en la edición de la literatura en lengua inglesa se ha llegado en Inglaterra y Estados Unidos a propuestas más complejas, con Greg y Tanselle como referencias obligatorias, que defienden una opción plenamente crítica del editor ante el texto, más allá del “respeto arqueológico” hacia la letra del manuscrito o del impreso.

incardinadas en una concepción global de la metodología de la tarea ecdótica. La distinción entre texto y manuscrito justifica la opción por una serie de regularizaciones en aspectos meramente gráficos, sin transcendencia fonética, que lejos de “modernizar” el texto lo revelan en sus aspectos lingüísticos genuinos.²³ En realidad, la “autenticidad arqueológica” que algunos han aducido se ve limitada no por la opción crítica que propongo, sino por la tradicional falta de atención a la materialidad de la transmisión bajo forma manuscrita o impresa. Es esa falta de acceso a las fuentes materiales lo que impide el acercamiento “arqueológico”. Con todo, el término “arqueología” es del todo inapropiado para la realidad de la obra literaria. En aquella disciplina la realidad material es el objeto mismo de la investigación; en filología el texto no se identifica con ninguno de los representantes. Dicho de otro modo, cada manuscrito contiene *un* texto, pero no *el* texto.

El acceso a la obra literaria se articula de esta manera en torno a dos polos; por un lado, la propuesta del editor, bajo la forma de texto crítico, y con los aparatos como información sobre la historia textual y justificación de las elecciones del editor, y, por otro, los testimonios manuscritos e impresos, huella visible de la difusión del texto, y fundamento último de la propuesta editorial.

La propuesta crítica así concebida se integra dentro del concepto de “lectura asistida”. Y se integra en este concepto justo por incluir una propuesta de lectura, por una parte, como no puede ser de otro modo, y por hacer ostensible esa propuesta con los elementos críticos fundamentales de los que dispone el editor gracias a soluciones como la regularización de ciertas diferencias gráficas no fonológicas, a la “unión y separación de palabras”, a la acentuación y muy especialmente a la puntuación.

Se dirá, a este último propósito, que la puntuación no puede ser sino pálido reflejo de la entonación, del ritmo y de la sintaxis. Esto es cierto, pero en realidad la puntuación no se opone a la entonación; las disimilitudes se deben al contraste entre escritura y oralidad, contraste que tiene perfiles muy cambiantes a lo largo del tiempo. Hoy la primacía de la letra impresa, la generalización —en nuestras sociedades— de la enseñanza de la lectura, inseparablemente unida a la de la escritura, la generalización de la lectura silente, entre otros factores, han contribuido a forjar la idea de que lengua hablada y escrita se presentan como dos alternativas claramente diferenciadas, de las que cabe señalar incluso sus peculiaridades, sobre

²³ Me ocupé de estas cuestiones en *Cómo editar los textos medievales. Criterios para su presentación gráfica*, Madrid, Arco/Libros, 1998.

todo sintácticas. Sin embargo, no siempre ha sido así. En la Edad Media, y aun después, el destino natural de los textos era la lectura en voz alta, que seguramente era normal incluso en la intimidad. Y para la poesía hasta hace poco la declamación era práctica corriente. Hoy, por desgracia, no se concede importancia alguna a la lectura en voz alta de los textos literarios. La recuperación de la voz debería ser uno de los objetivos de la enseñanza de la literatura. El valor crítico, y didáctico, de esta propuesta me parece evidente, pues el texto oral aporta una información que no puede dar el escrito, en tanto aquél lleva aparejado un plus interpretativo, pues obliga al editor a tomar decisiones que en la versión escrita quedan sin resolver. Por ejemplo, en el plano de la correspondencia entre grafías y sonidos, habrá que decidir cómo se leía *La Celestina*, pongamos por caso, ¿con la fonética medieval o con las soluciones modernas?, en puntos como la distinción de la sibilantes. Puede decirse que la lectura es una hipótesis sobre el texto en algunos aspectos más amplia que la edición escrita. Naturalmente, a mayor número de decisiones, más posibilidades de equivocarse, pero, en contrapartida, hay que plantearse de raíz problemas que no deberían obviarse.

Este plus de información que proporciona la versión oral del texto crítico puede considerarse también parte de lo que he llamado “lectura asistida”, al proponer a los destinatarios de los textos literarios modelos de elocución, siquiera de una parte de la obra. Claro que para lograr este objetivo de recuperar la voz de la literatura de ayer y de hoy debería empezarse por la enseñanza; los estudiantes deberían oír textos bien leídos.²⁴

Me he referido a algunos requisitos de la edición de textos para que sea un instrumento pedagógico útil e, idealmente, atractivo para los alumnos. Y, por supuesto, para satisfacer expectativas muy diversas. Para ello he propuesto el modelo de la “lectura asistida”, en el que el texto crítico es el centro de atención, objetivo final del proceso ecdótico. Será necesario asimismo dar una información básica, que puede utilizarse de manera completa o selectiva, y que no es otra que la que proporciona el aparato crítico, en el que cabe distinguir entre variantes textuales y variantes de lenguas. Las “notas léxicas” son elemento imprescindible para poder entender el texto. También parece conveniente contar, al menos, con el facsímil de uno de los manuscritos o impresos que difunden la obra; el recurso al mismo resulta imprescindible para el examen de ciertos aspectos lingüísticos, como los

²⁴ No es corriente que se reconozca la importancia de la voz en el acceso a la obra literaria. Sobre la presencia de la voz en la presentación electrónica de los textos literarios, véase Carlos Moreno Hernández, *op. cit.*, pág. 18.

que afectan a la relación entre grafía y fonética, pero también para la validación de los usos léxicos, especialmente los más raros (en particular, los hapax). De esta lectura asistida es una pieza fundamental la forma oral del texto. Y todo ello, insisto, de manera que el usuario, o el profesor en el ámbito de la enseñanza, pueda seleccionar en todo momento aquella información que le interesa y prescindir de lo demás. La edición así concebida será útil tanto al estudiante de bachillerato como al investigador.

Naturalmente, un programa de esta naturaleza sólo puede alcanzarse mediante una presentación electrónica de los textos, y ello nos lleva al concepto tan traído y llevado de “hipertexto”.²⁵ Quizá no estará de más preguntarse si bajo este rótulo hay una nueva concepción del texto, y, por tanto, de la filología. La noción de hipertexto parte de dos principios íntimamente relacionados: a) la afirmación del carácter no lineal del mismo y b) la posibilidad de moverse entre manifestaciones distintas del texto. En cuanto al primer principio, es obvio que de una manera elemental el libro antiguo se sustrae con herramientas como los índices a la obligatoriedad de la lectura lineal, y las concordancias antiguas de la Biblia Vulgata, elaboradas “artesanalmente” en la primera mitad del siglo XIII bajo la dirección del dominico Hugo de San Caro, permitían un acceso a los pasajes que podían interesar para una u otra cuestión.²⁶ Pero la variedad de criterios actuales de búsqueda permite una manera de “moverse” dentro del texto que no tiene precedentes. En este sentido, la visualización simultánea en ventanas distintas del texto y de un índice de lemas permite deslizarse fácilmente entre los pasajes en los que esté presente el lema que se quiera buscar. La cuestión puede parecer banal, pero adquiere su valor como refuerzo de uno de los principios fundamentales de la metodología ecdótica, la de que el texto se ilumina a sí mismo, en el sentido de que los pasajes problemáticos pueden seguramente explicarse por otros. Un viejo

²⁵ Sobre este concepto, además del libro citado de Carlos Moreno Hernández, puede verse la conocida obra de George L. Landow, *Hipertexto: La convergencia de la teoría crítica contemporánea y la tecnología*, traducción de Patrick Ducher, Barcelona, Paidós, 1995. Varios trabajos sobre la concepción del “hipertexto” se incluyen en la obra *Literatura y multimedia* (José Romera Castillo, Francisco Gutiérrez Carbajo y Mario García-Page, eds., Madrid, Visor Libros, 1997).

²⁶ Fueron profusamente utilizadas para la elaboración de diversas obras, e incluso para la predicación. Importa recordar que el uso no difería mucho de los procedimientos de búsqueda actuales en un corpus textual. Si un clérigo había de preparar el sermón fúnebre de un escribano, le bastaba con buscar –si contaba con un ejemplar a su alcance– la palabra *scriba* (u otras del mismo ámbito referenciales), con lo que los oyentes quedarían admirados de su erudición.

principio, pero que sólo gracias a las herramientas electrónicas es posible aplicar de manera plena.²⁷

La edición electrónica hace posible que se pongan al alcance del “usuario” materiales muy diversos. Sin embargo, la mera acumulación de estos materiales, sin negar su utilidad, no garantiza el logro de los objetivos de la crítica textual. Es preciso que esos materiales formen un todo orgánico, que estén supeditados a un fin. Las propuestas “hipertextuales”²⁸ han llamado la atención sobre la ventaja de ofrecer simultáneamente transcripciones de los manuscritos o impresos, y facsímiles de los mismos, amén de índices verbales, pero no siempre han atendido a la jerarquización necesaria de la información.²⁹ La pantalla básica de la edición electrónica tendría que contener el texto crítico como centro, y simultáneamente tres clases de información que constituyen el soporte fundamental de la “lectura asistida”: las notas léxicas, el aparato de variantes textuales y el de variantes de lengua. La información que muestren estas ventanas debería “actualizarse” automáticamente a medida que nos movamos en el texto crítico, de modo que al visualizar una determinada porción del texto se nos muestren en las ventanas de notas léxicas, variantes textuales y variantes de lengua las entradas correspondientes a esa porción del texto.

En un segundo plano debería mantener otra información; primero, el facsímil de uno de los testimonios, manuscrito o impreso. El grado de articulación con el texto crítico queda justificado como ilustración de una de las manifestaciones concretas de la obra. Representa, como se ha dicho, una importante fuente de información textual, pero no constituye el texto, fundado críticamente en el examen de toda la tradición. En segundo lugar, la versión oral.

No hace falta ponderar la utilidad de los índices verbales, pues su aprovechamiento en distintas parcelas, desde la grafemática a la lexicología pasando por la sintaxis, ha dado lugar a una amplia bibliografía. En cambio, conviene llamar la atención sobre las posibilidades que ofrecen en estudios más específicamente literarios, sobre todo los que tienen que ver con la

²⁷ Este ha sido el principio que he aplicado en mi edición de la Primera Parte de la *General estoria* (Madrid, Fundación José Antonio de Castro, 2002).

²⁸ Me centro en las propuestas y no en los resultados, pues dada la escasa andadura de la crítica textual con presentación electrónica no se ha concretado en todas sus posibilidades esta noción de hipertexto.

²⁹ Excepción es la propuesta de José Manuel Lucía Megías, quien presenta en esquema los elementos que idealmente formarían una edición hipertextual, que justamente tienen como nudo el “texto crítico y aparatos” (*Literatura Románica en Internet. Los textos*, Madrid, Castalia, 2002, pág. 26). Véanse también atinadas observaciones al respecto en el artículo antes citado de María Morrás.

génesis del texto. Muestra de ello es el examen de la variedad léxica, que puede considerarse indicada por el número de lemas necesarios para construir el 50% del texto, mucho más reducido de lo que a primera vista podría parecer; así, ese 50% se alcanza en el *Libro de buen amor* con 21 lemas, de los cuales 4 corresponden a los signos de puntuación.³⁰

El examen de las diferencias lingüísticas entre secciones de una obra puede también aportar datos interesantes acerca de la génesis y transmisión del texto. Para el *Cantar de Mio Cid*, el contraste léxico y gramatical ha permitido volver sobre la hipótesis última de Menéndez Pidal, que distinguió el trabajo de dos juglares.³¹ Del mismo modo, el reparto excluyente entre *cómo* y *cuemo* en los folios del manuscrito 1187 de la *Gran Conquista de Ultramar* apunta al trabajo de dos copistas.

En definitiva, la electrónica se revela como un conjunto de técnicas que facilita el examen crítico de la historia del texto, lo que contribuye a su establecimiento, y dota de especial rigor a las propuestas que el editor está obligado a hacer sobre el texto mismo. Esta potencialidad de la informática, a día de hoy apenas explotada, la convierte, a mi entender, en un aliado imprescindible de las corrientes metodológicas que pone el acento en la historia del texto, es decir, en su génesis y transmisión. Por ello no puedo estar de acuerdo con ciertas orientaciones de la crítica textual que sostienen la idea de que sobre ciertos aspectos es mejor no pronunciarse, puesto que no hay respuestas seguras; mi propuesta es justo la contraria, pues porque se obvie un problema éste no desaparece. Sustituir el texto crítico por la transcripción de todos los testimonios manuscritos o impresos es, a mi entender, hacer dejación de los fines primordiales de la crítica textual: los textos se editan para ser leídos y entendidos en su integridad. Naturalmente, contar con todos los facsímiles y transcripciones paleográficas de los manuscritos de una obra es un punto de partida de extraordinario valor para la investigación lingüística y literaria, pero con esa tarea no se hace justicia a los valores específicos de la obra literaria. Por el contrario, la edición electrónica puede mostrar todas sus ventajas entendida como una atractiva puerta de acceso a la literatura de todos los tiempos, y permite llevar a cabo de manera plena el proceso de “lectura asistida”, imprescindible en el ámbito de la enseñanza.³² Al mismo tiempo, esa información necesaria

³⁰ Debo el dato a Bautista Horcajada Diezma, que lo ha obtenido mediante un programa que él mismo ha elaborado: *BCONCORD*, Madrid, OHeró-&Ramos, 2003 (en prensa).

³¹ Miguel Garcí-Gómez, *Dos autores en el Cantar de Mio Cid. Aplicación de la informática*, Cáceres, Universidad de Extremadura, 1993.

³² Véanse al respecto las reflexiones de Jenaro Talens, “El lugar de la literatura en la era del lenguaje informático”, en Darío Villanueva, ed., *Curso de teoría de la literatura*, Madrid,

para explicar la propuesta del editor posibilita el estudio de múltiples aspectos de la obra misma, en particular los que afectan al proceso por el que ésta nació. Enseñanza e investigación pueden darse así la mano dentro de una concepción dinámica de los textos literarios de ayer y de hoy que tenga como norte un conocimiento y un disfrute más plenos de los mismos. Para ello, y al margen de las voces proféticas que intentan anticiparnos el destino incierto de la literatura, es preciso aprovechar las posibilidades reales que a día de hoy nos ofrece la informática.